

ESTANCIA

Alma Santillán*



Saner, uno de los muralistas más exitosos de arte urbano en México

Si tan sólo esta enorme fila de gente desapareciera en un segundo...

Aquí estoy, de pie, esperando, desesperando. Son las 11:46 am. Todo está tranquilo, entra un hombre con su esposa; los miro con recelo, no quiero ver ya más gente aquí. Pero de pronto, como en una de tantas películas, ese hombre saca un arma y amenaza a todos.

Desde ese momento el sonido se pierde. Mis oídos no perciben ruido alguno, a mis ojos llegan unas cuantas imágenes borrosas de lo que en ese momento es la realidad. La velocidad disminuye, los movimientos se entrecortan.



Colectivo Rezizte

Escucho mi corazón, late muy rápido. No respiro, como en sueños camino y no avanzo. En un instante en el que mis pasos se pierden, estoy en tus brazos.

Regreso, no puedo respirar, hay un brazo sujetándome del cuello, una respiración en mi oído y gritos amenazantes. Sí, soy rehén; por fin algo importante, algo grande. Todas esas personas dependen de mí.

Si grito, o intento zafarme, el hombre frente a mí puede morir, y entonces, ¿de qué le habrán servido años enteros de llegar puntual a la oficina?, esas noches de discusiones con Helena, quien desesperada por no verlo en todo el día tiene ahora la demanda de divorcio en la mano. ¿Y Diego? Diego está aquí, parado frente a mí, aterrorizado, empapado en sudor, con su portafolios en la mano derecha y la corbata desanudada, mirándome fijamente, maldiciendo el momento en que decidió dejar a Helena llorando en la cocina para irse a la oficina y a depositar el dinero de sus negocios.

Todos alrededor mío están desesperados, muriéndose de miedo, pero no por mí. Les preocupa que les arrebaten la cartera, que les quiten las pocas joyas que traen o el celular. Por mí nadie se preocupa.

Ellos no sienten el filo de una navaja oxidada, yo

no siento la mirada anhelante de nadie. No siento esa conexión amorosa que hay en unos ojos ausentes. No hay en una mirada la impotencia ni el dolor de verme en peligro. Soy yo. Sólo yo. Tú no estás.

“Cuando alguien está a punto de morir, su cerebro segrega una sustancia que hace que ese trance sea menor, y es un placer inmenso”.

Dicen que antes del final pasa la vida entera por la mente, recuerdos de los momentos más significativos que marcaron la existencia.

Pero para mí ese nivel insospechado de placer no viene acompañado de recuerdos de mi infancia, ni de mi adolescencia, ni siquiera de mi joven adultez. No, todo me remite a ti.

En fracciones de segundo me veo tomando una carretera sin objetivo más que sorprender; bajando de un avión para eliminar de mi vida los hubiera; dejando de lado las mentiras por primera vez en doce años.

A los 22 aprendí a arriesgar, a apostar siguiendo la intuición; y aunque he perdido muchas veces, prometí crear lugares nuevos para ti, jamás entregarte una palabra que le haya pertenecido a alguien más, y cambiar

A cambio tú dejaste atrás varios kilómetros que prometiste desaparecer con una postal o quizás una llamada de vez en vez; desististe de la idea de que el amor era para ti, de que yo podía hacerte sonreír cada día.



“Conocí risas oscuras, juegos sucios, y lágrimas de tristeza. Me rompieron. Soy el Juguete que alguien olvidó”. - Corina Robles. Autor, Alonso Delgadillo, “El Norteño”. Técnica: Mixta, acrílico, aerosol. Ubicación: Boulevard Casa Blanca, Tijuana, B.C. México, 2013

las dudas por certezas.

A cambio tú dejaste atrás varios kilómetros que prometiste desaparecer con una postal o quizás una llamada de vez en vez; desististe de la idea de que el amor era para ti, de que yo podía hacerte sonreír cada día.

Pero siempre quise, contra todos los consejos, ser parte de esa vida que no entendías, de la oscuridad que amabas esconder cuando estaba a tu lado. Evitabas decirte que podías confiar, que podría quererte siempre, querer a tus hijos, y querer a los hijos de tus hijos.

Finalmente pasó lo que tenía que pasar: te resignaste a andar de aquí para allá, a quedarte en silencio cuando caminabas recordando, permitiendo que me convenciera de tu olvido, que dejara para luego —quizá nunca— las imágenes tuyas mirándome al amanecer. Huiste.

...

Siento un líquido que recorre mis brazos, es rojo, es tibio. Algo hice mal y la navaja cortó mi piel y lo que hay debajo. Debo suponer que así se siente morir, que el oído se bloquea y la vista se nubla y el olfato y el gusto ni siquiera figuran en esta nueva experiencia.

No hay miedo, por alguna razón desapareció hace mucho, segundos o minutos, en realidad no lo sé. Las miradas siguen sobre mí, pero mis ojos han mudado ya de cuerpo y me ven a mí misma en ese lugar, en ese desastre resultado de lo que la gente gusta de llamar destino.

Sólo sé que tus recuerdos fueron todo, que no creo en regresiones de tiempo ni cambios de espacio, que las despedidas no se cantan ni se lamentan, que los finales siempre son principios. Que no estás a un lado mío, pero qué importa ya, si ni siquiera yo lo estoy.

*Pachuqueña, licenciada en Ciencias de la Comunicación y estudiante de la maestría en Desarrollo Urbano Sustentable; locutora y correctora de estilo.

Fecha de recepción: 2013-05-16

Fecha de aceptación: 2013-12-12